

Hugo Bauzá: Sortilegios de la memoria y del olvido

Buenos Aires-Madrid, Akal, 2015, pp. 157.

Este libro entrelaza dos temas sustantivos, dos ejes que atraviesan la historia de la cultura: el esencial cultivo de la memoria -forma primera y tal vez única posible de la sobrevida, atesoramiento de saberes y experiencias, advertencia sobre los males del pasado dirigida a las generaciones futuras, homenaje debido a las víctimas de la barbarie-, con la perspectiva de su contrario, el olvido, deletéreo en muchas ocasiones, necesario en algunas otras. Desde una perspectiva de vasta erudición y saber académicos, los doce capítulos que lo componen analizan e historian estos contrarios en prosa fluida, clara y accesible para un público muy amplio.

Sobre la memoria se destacan su importancia capital, las distintas formas en que se atesora, sus vínculos paralelos con distintas nociones de historia y su necesidad absoluta frente al horror y la masacre; también sus límites y su *exceso* en un mundo que conserva caudales inauditos de información banal. A los ejes de memoria *versus* olvido se sobrepone un entramado histórico que va desde la oralidad a la escritura, de esta a la cultura del libro y finalmente a la revolución informática de nuestros días: de los poemas homéricos a los hipertextos, el volumen recorre un

itinerario que es el de la conservación del pensamiento en sus múltiples posibilidades pasadas y futuras.

Partiendo en primer lugar de fuentes clásicas, los tres primeros capítulos constituyen un primer núcleo donde se trabaja ante todo el valor de la memoria frente al tiempo en épocas de cultura puramente oral -entiéndase culturas ágrafas, sin conocimiento de la escritura-. En la senda de un libro ya clásico de este autor -*Voces y visiones. Poesía y representación en el mundo antiguo*, Buenos Aires, Biblos, 1998-, se subrayan el mito de *Mnemosýne*, diosa de la memoria y madre de las Musas, el tránsito de la oralidad a las primeras formas de escritura y el fundamental papel del orfismo en el culto de la memoria como forma de trascendencia.

Frente a estos planteos el capítulo cuarto representa una suerte de giro, ya que desarrolla el eje contrario, el del valor del olvido. Desde la cita a “Funes el memorioso”, el famoso cuento de Borges donde el recordar -“verbo sagrado”-, en su faz de infinito exceso puede ser también una forma de incapacidad y de suplicio, a la consideración de las distintas formas de la historia en Nietzsche -historia anticuaria, monumental y crítica-, se plantea el rechazo a la información descartable, la necesidad de “aligerar archivos” y desechar lo superfluo: en suma, la necesidad de no cultivar una torturada existencia a lo Funes.

Los capítulos V, VI y VII se desarrollan en la órbita de la escritura y del libro y se presentan, cada uno de ellos, en tres “galaxias” que citan y amplían la conocida propuesta de McLuhan respecto de la invención de la imprenta: son estas tres galaxias la de Cadmo, la de Alejandría y la de Gutenberg. Respecto de la primera, se trata de la revolución que representara la invención del alfabeto por los fenicios y que el mito atribuye a Cadmo, héroe civilizador y fundador de la ciudad de Tebas. El capítulo que se le dedica incluye una breve historia de la escritura, su polémico vínculo con la oralidad y su relación con distintas formas del pensar. La galaxia alejandrina gira en torno del gran proyecto de la Biblioteca de esta ciudad helenística, verdadero polo cultural articulado con el Museo y que llegara a albergar, según estimaciones, más de 500.000 rollos papiáceos en época de Ptolomeo I. En sus setecientos años de vida la Biblioteca fue centro de atracción de sabios, no solo sitio físico sino “espacio virtual donde se generaba el saber” (pág. 90), cuna de la filología y centro de estudios astronómicos, entre otras disciplinas. Este capítulo clave retrata un primer momento de

globalización cultural en torno a la presencia del libro como reservorio de conocimiento. Naturalmente, la tercera “galaxia” es la de la imprenta, signada por la masificación de la lectura y las mutaciones históricas y sociales que conllevara.

Un nuevo giro se propone en el capítulo VIII, en torno de la memoria como construcción social a partir del pensamiento de Maurice Halbwachs (1907-1944). Dos razones serían centrales para este giro: la propuesta por parte de este estudioso acerca de la construcción de una memoria colectiva, y el trágico final del filólogo en el campo de concentración de Buchenwald. A su vez, el capítulo siguiente plantea un nuevo eje, el paso del texto al hipertexto, en el reino de la atención inatenta y “una superespecialización que hace perder la visión de conjunto” (pág. 119). Uno y otro planteo proyectan su sombra sobre los siguientes capítulos: allí se desgranán nuevas consideraciones sobre lectura y escritura, repositorios del saber, archivos y *memorials*, marcadas por una preocupación que se vuelve urgencia: el recupero de la memoria de los genocidios, de la mano de las lúcidas voces de Paul Celan, Giorgio Agamben o Primo Levi, y la necesidad de tener presente el “¿Para qué recordar?” que titula el último capítulo: disputa que no se resuelve en mero aplauso de la “alta cultura” y que no elude las complicidades que esta pueda tener y ha tenido con las zonas más oscuras de la historia.

Con erudición no vana, *Sortilegios de la memoria y del olvido* busca anudar cuestiones vitales abogando por un culto del recuerdo como remedio y reparación contra el espanto.

GRACIELA C. SARTI
Universidad de Buenos Aires